

darles también el derecho de escoger la mejor; ¡de manera que los príncipes estarán sobre todas las iglesias, y serán jueces de la revelación! ¿Se dirá que deben en todo caso conservar la religión existente? ¡Entonces obrarán como ciegos, y podrán proteger el mal; los emperadores romanos hubieran debido conservar el paganismo y perseguir á los discípulos de Cristo!» Después de todo, ¿qué hombres son esos á quienes se confía el porvenir religioso de la humanidad? *Coornhert*, ciudadano de una república, no tiene gran idea de los príncipes: «La mayor parte, dice, son tiranos; no son buenos, sino malos; no son tontos, sino estúpidos. ¿A esos leones, á esos lobos, á esos buitres y halcones, á esas serpientes y dragones, se quiere encargar de sostener la religión por medio del hierro y del fuego? ¿No es esto dar armas á seres maléficos? Lo mejor que puede suceder es que los reyes se sirvan de la religión para extender su poder; de suerte, que la religión llegará á convertirse en un instrumento de pasiones y de vicios!» (1).

Que los católicos reclamen el apoyo del poder y el empleo de la violencia, se concibe; hacen en el siglo XVI lo que han hecho siempre. Pero ¿qué debemos pensar de los reformados que enseñan que á la autoridad corresponde defender la verdadera religión y á los súbditos el obedecer? No echan de ver que condenan la Reforma, y que, si su doctrina es cierta, ellos mismos son rebeldes. En efecto, si el príncipe puede imponer una creencia, Felipe II estaba en su derecho, y los Belgas eran criminales. Y no se diga que el catolicismo no es la verdadera religión; cada príncipe debe creer que su religión es la verdadera, y protegerla, por consiguiente, aun por medio de la fuerza (2). Los protestantes que apelan á la espada y á la hoguera, son mil veces más culpables que los católicos. Estos creen que su iglesia es infalible, por lo cual todos los que la atacan están en el error, y bajo el punto de vista ortodoxo, pueden ser castigados por propagar un veneno que mata al alma. Pero los protestantes convienen en que pueden

(1) COORNHERT, *Proces van 't ketterdooden* (t. II, fól. 27, v.º, 45 y sig., 60, 61 v.º).

(2) COORNHERT, *Ooghwater* (t. II, fól. 559 v.º).

errar, y por consiguiente, no hay ninguna garantía de que su iglesia no se engaña, de que no persigue á los verdaderos discípulos de Cristo, cuando cree que castiga herejes (1). *Coornhert* condena con viveza esta inconsecuencia: «Hemos arrojado á la Inquisición española, y en su lugar tenemos tantas inquisiciones como sectas; todos quieren ser inquisidores, todos quieren dominar en la conciencia de los demás (2). ¿Por qué hemos derramado nuestra sangre? Por conquistar la libertad religiosa. Dejemos, pues, á todo el mundo el derecho de decir libremente todo lo que piensa acerca de la religión, lo mismo que acerca de cualquiera otra cosa» (3).

Coornhert predicó la libertad de pensar en medio de los odios más furiosos de las sectas cristianas. No debe, pues, admirarnos que los reformados le llamasen libertino, impío, diablo encarnado. Esta es la suerte de los hombres del porvenir. Estos gritos de rabia no turbaron ni por un momento al atrevido defensor de la tolerancia; prosiguió su santa cruzada contra los ministros y los doctores. Un célebre filólogo entró en el palenque á romper una lanza en favor de la persecución: ¿quién no hubiera creído que *Justo Lipse* aplastaría al humilde *Coornhert*? Pero se puede á la vez ser un gran sabio y un alma pequeña. El humanista desempeñó un triste papel en el debate que empeñó con *Coornhert*; era la lucha de la rutina presentada con elegante lenguaje contra el buen sentido y la razón, ayudados por una palabra original. *Justo Lipse* era digno de ser el campeón de la intolerancia; entró en el seno de la Iglesia intolerante por esencia, y acabó por componer libritos de devoción para celebrar los milagros de Nuestra Señora de Hal. Los últimos renglones que *Coornhert* escribió fueron una defensa de la libertad religiosa (4).

(1) COORNHERT, *Synodus* (t. II, fól. 25 v.º).

(2) COORNHERT, *Consistorio* (t. I, fól. 354).

(3) COORNHERT, *Proeve van de heidelbergsehe catechismus*, fól. 224 v.º.

(4) COORNHERT, *Verantwoordinghe van 't proces* (t. III, fól. 480).

II. — *Las sectas reformadas.*

En apariencia la libertad religiosa no afecta á ningun dogma; en realidad, implica el abandono del cristianismo histórico: los ortodoxos consideran la persecucion como un deber y la intolerancia como una virtud, porque se creen en posesion de la verdad revelada. Los arminianos dicen, como *Coornhert*, que la intolerancia es un pecado y la persecucion de las creencias religiosas el mayor de los crímenes (1). Su cristianismo no es, pues, el de los ortodoxos; y á la verdad, hay un abismo entre el cristiano arminiano y el cristiano católico. La revelacion milagrosa, encerrada en la Iglesia, destruye fundamentalmente la libertad de pensar; la razon tiene que abdicar ante la verdad divina. Los arminianos, por el contrario, opinan que sin libertad no hay religion: « Véase la España, dice *Episcopius*, véase la Italia; allí se ensalza la obediencia ciega como la virtud suprema, y así resulta que los hombres son verdaderos animales, y los fieles marchan por el camino de la salvacion como un rebaño conducido por el pastor. Para conservar esta fe ciega, es preciso mantener á los pueblos en una estúpida ignorancia; las ovejas se atienen á la palabra del pastor, y cuanto más corto y sencillo es éste, más garantías hay para la fe. ¿Es esta la condicion á que Jesucristo ha querido reducir el mundo?» (2).

Los *cuákeros* han destruido el mayor obstáculo que se opone á la libertad religiosa, el interes de un cuerpo sacerdotal; no tienen sacerdotes. En su creencia la intolerancia es imposible, porque la revelacion no es ya un hecho exterior; se realiza en cada hombre por la accion del Espíritu Santo; es decir, que la religion es una relacion del individuo á Dios, y por consiguiente, es esencialmente libre. *Barclay* declara en su *Apología de los cuákeros* (3) que nunca

(1) *Confessio Remonstrantium*, c. 24, en *EPISCOPIUS*, II, 2, p. 93: « *Qui hæreticidïo patrocinantur, gravissimo peccato se coram Deo obstringere arbitramur.* » C. *Apologia pro declaratione remonstrantium*, Præfatio (*EPISCOPIUS*, II, 2, página 108).

(2) *EPISCOPIUS*, *Apologia Remonstrantium*, Præfatio (t. II, 2, p. 99).

(3) *BARCLAIUS*, *Apologia*, XIV, 6, p. 436.

emplearán la violencia para propagar su secta; los *Amigos* fueron fieles á este compromiso; han sido perseguidos, nunca fueron perseguidores. Su doctrina va más allá que la reforma y que la ortodoxia católica. Los reformadores no negaban á la Iglesia el derecho y hasta el deber de reprimir las herejías, aun cuando fuese por la fuerza; únicamente negaban que la Iglesia romana fuese la verdadera Iglesia. Por esto *Calvino* fué tan intolerante como *San Agustín*. La Reforma necesitaba salir del cristianismo tradicional para llegar á ser tolerante: solamente renunciando á la funesta pretension de poseer la verdad absoluta, podia aceptar la libertad religiosa.

La libertad religiosa es una de las formas del libre pensamiento: lógicamente la tolerancia conduce á la libertad filosófica. Ya en el siglo XVI se revela en *Coornhert* la libertad de pensar, por el solo hecho de ser ajeno á todas las sectas que desgarran el cristianismo. En el siglo XVII se manifiesta en toda su magnificencia, en un genio más poderoso, poeta, teólogo y hombre político. *Milton* es cristiano más bien que filósofo, pero su generosa inteligencia no se acomoda bien al espíritu estrecho de una secta; es teólogo sin pertenecer á ninguna confesion cristiana. Reconoce en el Estado el deber de honrar á la religion y aun de protegerla, pero le niega todo derecho de coaccion; no comprende cómo seres falibles pueden tener la pretension de imponer por medio de la violencia lo que se les antoja considerar como la verdad (1). *Milton* es el hombre del libre pensamiento; sale de los límites de la religion y quiere la libertad en todo. La república de Inglaterra conservó la censura, despues de haber proscrito la monarquía. *Milton* se atrevió á atacar aquella traba absurda que un parlamento republicano ponía á la libertad de la inteligencia: « ¿Qué ventaja encontrará un hombre sobre el niño de la escuela, si no salimos de la férula más que para caer bajo el imperio de un *imprimatur*, si los escritos serios y pensados no pueden publicarse sin la lenta autorizacion de un censor distraido, como si fueran temas de un jóven estudiante de gramática sometido á su pedagogo? » Cuando la censura suprime un libro, como suele suceder en

(1) *MILTON*, *Doctrina christiana*, c. 17, p. 528.

la Iglesia romana, comete una verdadera muerte del pensamiento, es decir, de lo que hay de más noble en el hombre: « Los libros no son cosas muertas; contienen en sí una potencia de vida tan activa como el alma de quien son los frutos. Más aún, conservan como en un frasco la esencia más pura de esa inteligencia vivaz que los ha engendrado..... Es casi lo mismo matar un hombre que matar un libro. El que mata un hombre, mata una criatura racional, imagen de Dios; el que mata un buen libro, mata la razón misma..... Muchos hombres viven que son un peso inútil sobre la tierra; pero un buen libro es la preciosa sangre vital de un espíritu superior, embalsamado y conservado religiosamente como un tesoro para una vida más allá de su vida..... Procuremos, pues, no destruir la vida que se guarda y atesora en los libros, puesto que esta destrucción es una especie de homicidio, á veces un martirio, y si se extiende á toda la prensa, es una especie de matanza, cuyas consecuencias no se limitan á la muerte de una simple vida, sino que alcanzan á la quinta esencia etérea que es el soplo de la razón misma, de suerte que no degüellan una vida, sino una inmortalidad» (1).

La brillante imaginación del poeta inglés nos ha hecho salir de los límites de la teología; volvamos á nuestra esfera siguiendo á un ilustre filósofo. *Locke* se tiene por cristiano, pero es un discípulo de Cristo que ninguna iglesia ortodoxa reconoce como suyo. Si las sectas lo rechazan, la humanidad lo acoge; si la teología lo condena, la filosofía le erige altares no manchados por la superstición. El filósofo inglés nos da en cierto modo la conclusión de los trabajos de la Reforma sobre la cuestión de tolerancia. Niega la divinidad de la Iglesia: toda sociedad religiosa, que reconoce á Jesucristo como el Mesías, es una Iglesia cristiana; no hay una más ortodoxa que otra: hay más, se puede alcanzar la salvación sin pertenecer á ninguna Iglesia exterior. Esta doctrina destruye el cristianismo tradicional, y con él cae el principio de la intolerancia. No faltaba más que arrancar á los ortodoxos su disfraz de caridad. «Según dicen, los inspira el cuidado de la

(1) MILTON, *Areopagitica*, traducción de TAINÉ. (*Revista de ambos Mundos*, 1857, t. III, p. 828, 833.)

salvación de sus semejantes: ¿de veras es este celo el que ha encendido las hogueras para la herejía? Hay otros crímenes que producen también la muerte eterna; la injusticia, la fornicación, el fraude, merecen la muerte según el apóstol: ¿por qué, pues, esos cristianos caritativos que con tan buena voluntad encienden las hogueras para salvar á los herejes, no emplean el mismo celo en castigar á los criminales de todas especies, que no faltan en su Iglesia? Léjos de esto, manifiestan gran indulgencia respecto de estos pecados capitales. ¿Por qué tan saludable rigor cuando se trata de la herejía, y tan funesta relajación cuando se trata de verdaderos crímenes? ¿No será porque la herejía compromete la dominación del clero? ¿De suerte que el celo de los ortodoxos no es más que ambición y codicia! Que no hablen, pues, de caridad; profanan esta virtud divina, invocándola para cubrir sus interesadas pasiones. Esos pretendidos ortodoxos no son siquiera cristianos; porque no son verdaderos cristianos sino los que aman á todos los hombres, aún á los infieles.» *Locke* hace, sin embargo, una excepción en su caridad universal, como para probar que sigue siendo cristiano é inglés; no quiere que se tolere á los intolerantes, es decir, á los católicos (1). *Milton* condena también el Pontificado. No insistiremos sobre la inconsecuencia del poeta y del filósofo. Sin participar de sus opiniones, las comprendemos. El catolicismo ha sido castigado por donde ha pecado; intolerante y perseguidor donde quiera que ha dispuesto de la fuerza, no tiene derecho para reclamar la libertad, y, cuando se le combate con sus propias armas, no puede razonablemente quejarse.

III.— La tolerancia.

En el momento en que estalló la Reforma, la libertad religiosa tenía pocos partidarios; la conciencia general la rechazaba; los que la defendían eran considerados como libertinos y ateos. Sin embargo, á fines del siglo XVI la libertad de conciencia queda garantida por el edicto de Nántes, y cincuenta años más tarde, la paz de

(1) LOCKE, *A letter concerning toleration*. (*Obras*, t. II, p. 232 y sig.)

Westfalia hace entrar la tolerancia en el derecho comun de Europa. ¿A quién debe la humanidad este gran beneficio? Debe estar reconocida á los espíritus nobles, á las almas valerosas que han reivindicado los derechos de la conciencia y que han predicado la caridad en medio del conflicto de las pasiones religiosas; pero los esfuerzos aislados de algunos hombres y de algunas sectas no hubieran bastado para imponer á la ortodoxia la tolerancia de las creencias disidentes; ha sido necesario un apoyo más poderoso, una necesidad más apremiante: la libertad de conciencia fué el fruto de las horribles guerras que desolaron á la Francia en el siglo XVI y á la Alemania en el XVII. Los ortodoxos derramaron la sangre á torrentes para reconquistar la dominacion de la cristiandad; no se detuvieron sino cuando les faltaron las fuerzas. Esto quiere decir que debemos la libertad á Dios más bien que á los hombres. Las guerras sostenidas para restablecer el poder de la Iglesia, quebrantado por la Reforma, se volvieron contra ella; y al mismo tiempo el celo de los reformados se enfrió. En ambos campos se horrorizaron de aquellas disensiones más que civiles: los excesos del odio religioso hicieron nacer entre los hombres la caridad. Un soldado, ilustre por la nobleza de su carácter, fué el órgano de estos sentimientos: *La Noue* nos dirá cómo las guerras de religion acabaron con la intolerancia.

Ha corrido bastante sangre, dice el guerrero hugonote: «¿No basta con más de doscientos mil hombres de guerra que han perecido por el furor de estas divisiones? ¿Ha habido alguna vez sacrificios más espantosos que éstos? Creo que los que conservan en su alma alguna impresion de religion deben inclinarse á la dulzura, y los que no abrigan en ella más que venganza, deben haber quedado satisfechos con tanta sangre derramada.... Los Franceses, por la diversidad de las religiones, no deben considerarse unos á otros como Turcos. Porque, puesto que todos confiesan adorar á un mismo Dios, y reconocen como Salvador al mismo Jesucristo, y que las Escrituras y fundamentos son semejantes, debe haber tal fraternidad y caridad entre ellos que, cesando todos los odios, crueldades y guerras, se llegue á una reconciliacion.» *La Noue* se pregunta qué celo es ese que enciende las guerras civiles y las alimenta: ¿es el celo de la religion, ó es

más bien el odio? «Si se arrancase el odio del corazon de los celosos, se quedarian tan asombrados como un avaro que hubiese perdido su bolsa. Se persuaden de que aquellos cuya religion han reprobado ellos mismos, no deben ser considerados como sus prójimos, como si fueran Turcos ó Tártaros; en lo cual se equivocan groseramente. Y si pusieran tanta diligencia en leer la Escritura como en seguir sus pasiones, cambiarian de opinion. Porque verian que la palabra *prójimo* comprende indiferentemente á todos los hombres, porque el género humano está unido por un vínculo sagrado de comunidad, á fin de que mediante esta alianza los hombres sientan inclinacion á amarse mutuamente. Basta, pues, ser hombre, para ser nuestro prójimo. Y ¿quién es aquel, por bárbaro que sea, que no lleve en su alma impresa la imágen de Dios, áun cuando sea medio borrada?... Antiguamente los Fariseos creian que los prójimos eran los parientes y amigos ó bienhechores, limitando á tan pequeño número lo que debía ser comun á todos. Pero Jesucristo corrigió su falsa interpretacion con el ejemplo del Samaritano que socorrió al pobre Judío á quien encontró herido en su camino, y de quien un sacerdote y un levita no habian tenido compasion..... Y debe notarse que entónces habia mayor odio y contraposicion entre los Judíos y los Samaritanos que hoy entre los cristianos y los Turcos. ¿Cómo, pues, han de tener excusa aquellos á quienes las palabras de católico y evangélico animan tanto á unos contra á otros, que no se reconocen como prójimos? Y áun los hay tan rudos que dicen que no les falta motivo para ello, y si se les pregunta por qué, responden que el que se ha entregado á Satanás es digno de todo rigor é indigno de indulgencia.» *La Noue* da á estos celosos un medio excelente de satisfacer su pasion: «Si alguno de esos que tienen odio suficiente para prestar á otro quisiera tener motivo más familiar y ordinario en que entretenerse, yo le diria: «amigo mio, abre las puertas de tu alma y de tu corazon; es probable que, buscando bien, encuentres allí materia bastante para entretenerte, como ambicion, intemperancia, orgullo, crueldades, injusticias, ingraticudes, mentiras, engaños y otros vicios, que te asombrarán. Fíjate en ellos, porque la manera de sujetar esos monstruos, que finges desconocer, es odiándolos. Y has de saber que

entonces tu odio será fructífero y dulce, al paso que te ocasiona perturbacion y perjuicios cuando lo ejerces sobre tus prójimos.» Después de todo, la persecucion es impotente: «Habiendo sido persuadidos nuestros reyes por las gentes de Iglesia de que es un sacrificio agradable á Dios el extirpar los herejes en su reino, han procurado hacerlo, creyendo hacer bien, y han consumido en ello más tiempo, dinero y hombres que César en la conquista de las Galias, España é Inglaterra. Y ya que la experiencia ha demostrado que con todo esto no se ha conseguido nada, ¿no será conveniente buscar medios más dulces y propios para conservar los hombres que para destruirlos?» (1).

(1) DE LA NOUE, *Discursos políticos*, p. 4, 64-69, 89, 90.

FIN DEL TOMO NOVENO.

ÍNDICE DEL TOMO NOVENO.

	Páginas.
INTRODUCCION.	
§ I. Carácter de la lucha.	7
§ II. ¿Quién es el vencedor?	19
LIBRO PRIMERO.	
LA LUCHA.	
Capítulo I. La reaccion católica.	35
Capítulo II. La violencia.	46
Seccion I. La teoría.	46
§ I. La intolerancia cristiana.	46
§ II. La Inquisicion.	52
Seccion II. España.	65
§ I. Carlos V.	65
N.º 1. España y el catolicismo.	65
N.º 2. El Pontificado, Carlos V y la Reforma.	74
§ II. Felipe II.	91
N.º 1. Felipe II, ideal de un príncipe católico.	91
N.º 2. Felipe II y los Países Bajos.	104
N.º 3. Felipe II, el Catolicismo y la Reforma.	115
Seccion III. La Francia.	122
§ I. Francia en la lucha religiosa.	122
§ II. Carácter de las guerras civiles.	130